

TEXTOS SOBRE LA CLEMENCIA

He escrito una nota, aún inédita, llamada “Castigos inversamente proporcionales y castigos ejemplares.” Pero pongo ahora en consideración algo opuesto. Me refiero a la virtud de la clemencia, tan importante que los romanos la animaron. En efecto en los reversos de monedas romanas hay varias personificaciones; por ejemplo *Abundantia*, *Felicitas*, *Libertas*. Otra es *Clementia*, que sostiene un ramo y un cetro en la mano y a veces se apoya sobre una columna.¹ Los diccionarios² nos traen ejemplos, como este de Cicerón: ‘Nada es más digno de un hombre grande y preclaro que la capacidad de perdonar y la clemencia.’³ Y metafóricamente se aplica al clima, pues Lucano habla de la bondad del tiempo con la expresión *clementia caeli*.⁴ Por otra parte, en un viejo libro de ejercicios de griego encuentro un pensamiento que no trae referencia a clásico alguno (no sé si pertenece al autor del libro), cuya traducción: ‘Si fuera necesario equivocarse, sería más justo absolver injustamente que matar injustamente: lo primero es equivocación; matar injustamente es impiedad.’⁵ De los dos males, la clemencia es entonces el menor; tal idea mueve este trabajo y esta reflexión.

Justino, un historiador que vivió probablemente a fines del s. I d. C., escribió una *Historia universal* basada en una obra de Trogo Pompeyo, autor griego de la época de Augusto. Cuenta Justino que Pirro, rey griego que había peleado contra los romanos en el s. III a. C., envió a la Urbe doscientos soldados cautivos; y lo hizo *gratis*, sin pedir rescate a cambio, ‘para que los romanos, después de conocer su valor, conocieran también su liberalidad.’⁶ Tal generosidad no fue desinteresada, pero más noble es la de Alejandro el Grande con uno de sus vencidos. Uno de los reyes de la India era Poro, quien se preparó para detener con las armas al gran conquistador. Pero fue derrotado y capturado; y tanto se condolía por su derrota que no quiso perdón y se abstenía de tomar alimento y de sanar sus heridas. Apenas se pudo obtener de él que aceptara seguir viviendo. Alejandro lo restituyó al trono *ob honorem virtutis*.⁷ Esta vez la generosidad siguió a la admiración por la valentía, virtud laudable incluso en un enemigo.

Áyax era primo de Aquiles y, después de él, el más fuerte de los aqueos que pelearon en Troya. A la muerte de Aquiles se suscitó un debate sobre quién debía llevar sus maravillosas armas. Los griegos sentenciaron que estas serían para Odiseo, no para Áyax. Durante la noche este enloqueció y mató los rebaños de los griegos, pensando

¹ Cf.: David R. Sear. *Roman coins and their values*. London, Seaby, 1964, p. 19.

² Los dos que cito a continuación los encuentro en: Félix Gaffiot. *Dictionnaire illustré latin-français*. Paris, Hachette, 1934, s. v. CLEMENTIA.

³ Cicerón, *Sobre los deberes* 1, 88.

⁴ Lucano, *Farsalia* 8, 366.

⁵ Carlo Landi. *Antologia greca pei gimnasi*, parte seconda. Torino (y otros), Paravia, 1930, p. 6.

⁶ Cf. Justino, *Historia universal* 18, 1.

⁷ Cf. Justino, *Historia universal* 12, 8.

que lo hacía con los jefes de ellos.¹ A la mañana siguiente, al recobrar la razón, se suicidó. Esto es más o menos lo que necesitamos para leer el *Áyax* de Sófocles.

Pero hay otro problema: las honras fúnebres de *Áyax*. Como saben quienes leyeron *Antígona* de Sófocles, no es justo privar a los difuntos de tales honras, porque ‘Hades desea esas leyes.’² Pues bien, según mandato de Agamenón y Menelao, ‘arrojado a la rubia arena / será alimento para las aves de la playa.’³ Teucro, medio hermano del héroe, se opone a ello y está decidido a sepultarlo. ¿Cómo se resuelve este enfrentamiento entre hombres del mismo ejército? A pesar de que Odiseo había sido rival de *Áyax* en lo de las armas, a pesar de que *Áyax* había intentado matarlo, el sabio héroe comprende que no hay que dejarse llevar por el resentimiento. Por eso dice a Agamenón: ‘no quiero alabar a un alma dura’ (v. 1361); y le pide que permita la sepultura del cadáver, porque piensa también en su beneficio futuro (‘también yo llegaré aquí’; esto es, ‘a la tierra’, v. 1365). El jefe de los griegos comenta: ‘En verdad todo es igual: todo hombre mira por sí mismo’ (v. 1366). Quizás Odiseo no obre tanto por sanos principios morales sino más por interés; tal vez pero, de cualquier forma, prefiere la prudencia, que aquí es *chárin didónai* (‘dar gracia’, ‘perdonar’, cf. v. 1354). Antes había aconsejado a Agamenón no alegrarse de ‘feas ganancias’ (v. 1349).

Pondré ahora un ejemplo contrario, de gran crueldad, para después oponerlo a otro de suavidad y moderación. Ambos están en la *Historia Augusta*, una colección de vidas de emperadores romanos.⁴ Caracalla reinó entre 211 y 217. Era hijo de Septimio Severo y tuvo un hermano llamado Geta. Caracalla se quedó él solo con el poder, pues lo asesinó. La *Historia Augusta* cuenta que, después de matar a Geta, temió ser llamado tirano. Como escuchó que el crimen podía ser mitigado, si decretaba la apoteosis de Geta, cuentan que dijo, haciendo un juego de palabras: *sit divus, dum non sit vivus* (‘que sea un dios, con tal que no viva más’).⁵ Al menos mostró, por propio interés personal, clemencia para con el difunto y le dio vida inmortal, con la antigua práctica de divinizar a emperadores y a algunos miembros de familias imperiales.

En cambio Marco Aurelio, el emperador filósofo, era un hombre en extremo tolerante. Tanto que la *Historia Augusta* intenta mostrárnoslo con esta anécdota. Faustina, la esposa de Marco Aurelio, tuvo varios adúlteros; la *Historia Augusta* menciona a cuatro y a todos ellos el emperador promovió a varios honores. Incluso se burló de esto un actor en el teatro, en su presencia, pues representó a un hombre necio que preguntaba a un esclavo el nombre del adúltero de su mujer. El esclavo: ‘Ya te lo

¹ Cf.: Pierre Grimal. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona – Buenos Aires, Paidós, 1981, s.v. *ÁYAX*.

² Sófocles, *Antígona* 519.

³ Sófocles, *Áyax* 1064-1065.

⁴ Para mayores datos, cf. http://it.wikipedia.org/wiki/Historia_Augusta.

⁵ *Historia Augusta*, “Geta”, 2, 8.

dije tres veces, es Tulo.’ Sin duda era un juego de palabras entre *ter*, *Tullus* y *Tertullus*, nombre de uno de los adúlteros de Faustina.¹

Y un último ejemplo de la *Historia Augusta*.² El emperador Aureliano sitiaba en el s. III a. C. Tiana, ciudad del Asia Menor y cuna de Apolonio de Tiana, célebre filósofo pitagórico y hombre taumaturgo. Al llegar con su ejército y encontrar cerrada la ciudad, dicen que se enojó: ‘No dejaré ni un perro en esta ciudad.’ Esta frase muestra la *severitas* del emperador, pero él no carecía de *levitas*, ‘mansedumbre.’ En efecto, cuando sus soldados le pidieron, una vez tomada, la destrucción de la ciudad, contestó: ‘Yo dije que no iba a dejar un perro en esta ciudad. Matad a todos los perros.’ El texto alaba la prudencia de tal respuesta; pero, como se ve, ya desde entonces los políticos demostraban suprema habilidad para decir y desdecirse.

Copio una anécdota quizás un poco larga, pero que me agradó. No soy ningún experto en historia polaca, pero creo que el príncipe mencionado es Casimiro II el Justo (Kazimierz Sprawiedliwy, 1173-1194).³ El autor es Wincenty Kadlubek, de nombre latino Vincentius, quien escribió entre 1190 y 1208 *Chronica seu originale regum et principum Poloniae*. “Cierta hombre desafió una vez al príncipe a una partida de dados. Se reúnen y comienzan. En medio estaba la prenda de la victoria, que era una enorme cantidad de plata. La suerte del juego vacila y fluctúa por un tiempo. Se llena el hombre de pavor, vacila y tiembla. Se queda estupefacto entre la esperanza y el temor y desfallece. Por fin, el último tiro dirime la partida y da al príncipe la sentencia de victoria. Entonces el jugador, como arrebatado por una locura, en su dolor levantó el puño, lanzó un gran golpe contra la mejilla del príncipe y, con la ayuda de la noche, se evadió de entre los gritos de los circunstantes. Finalmente lo hallaron y lo presentaron después al consistorio. Allí todos pedían que fuera desmembrado, pues era reo de lesa majestad. Él nada esperaba para sí, a no ser el cruel juego de la muerte. Pero el príncipe: ‘Jueces, que no se conmueva vuestra gravedad, pues es levedad el indignarse por causas leves. La indignación no es digna de quien tiene dentro de sí un ánimo sereno. No pondera las causas de la indignación y es injusto el examen que hace el hombre cuya balanza está en medio de una tempestad. ¿Qué es lo que hizo digno de indignación el pobre Juan (tal era su nombre)? Estaba acusando al juicio ciego de la fortuna. ¿Y no es ciega ella? La fortuna, en una causa no dispar, desdeñó la causa del pobre y ensalzó la del poderoso. Es injusta en ambas cosas, pues es cruel con el pobre y adula al poderoso. No sin justicia él exigió, como pudo, de un hijo de la fortuna un castigo a esa injuria, cosa que no podía obtener de parte de la fortuna. Más aún, para hablar con la verdad, añadió lucro a lucro y venció en mí a la fortuna. Ella fue la que dio dineros, en los que yo abundaba; en cambio él me dio ocasión de mostrar prudencia, de la cual los príncipes no deben carecer. Pues él me recordó que es peligroso para un príncipe el entregarse a juegos y someterse, incluso mínimamente, al ludibrio de la fortuna. Los príncipes deben gobernar con prudencia, no con fortuna. Por eso le doy gracias a Juan, por quien yo no me expondré más a la levedad ni a los azares fortuitos.’ Así este hombre injurioso fue

¹ Cf. *Historia Augusta*, “Marco Aurelio”, 29.

² Cf. *Historia Augusta*, “Aureliano”, 22-23.

³ Cf.: http://es.wikipedia.org/wiki/Lista_de_Reyes_de_Polonia .

recibido por los abrazos del príncipe, quien además le concedió muchos dones. ¡Que admirable constancia y paciencia en un varón fuerte y qué ingeniosa prudencia! No solo llevó con ecuanimidad la injuria sino que con gusto perdonó, supo sabiamente encontrar excusas y retribuyó con su gracia y sus dones.”¹

El príncipe cumplió aquí la sentencia bíblica, según la cual “a quien tiene se le dará y le sobraré, pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.”² Privilegió la grandeza de ánimo, ante un inferior que además estaba *stupidus, totus exanimis*; que llegó al extremo de la lesa majestad, cosa bien grave en tan poco democráticos tiempos. Pero la magnanimidad de Casimiro, un bien espiritual, le dejó más ganancia que el oro y lo puso a resguardo de Fortuna, esa diosa tan inconstante que, como la luna, siempre cambia de estado. Y aprendió más todavía sobre el valor de la clemencia, virtud que le dio fama más imperecedera que la que compran los amarillos dineros.

El destino puso mi cuna en un extraño país llamado Argentina. En él casi todo se perdona. Siempre hay otra oportunidad. Siempre se condesciende. Para algunos, es mejor no pagar en término las obligaciones, pues saben que tendrán una moratoria y que, incluso abonando algunos intereses, les conviene (no sé si en conciencia moral y social) ser un moroso, porque pagarán menos algunos meses o años más tarde. Dicho sea de paso, nadie o casi nadie aquí se avergüenza de figurar como moroso. Otros, buenos concedores del amor del prójimo, no se esfuerzan lo que debieran: ¿para qué, si luego los ayudarán? Tal vez la sublime virtud de la *Caritas* haga mal a veces, cuando no enseña el *labor*, el esfuerzo que todo lo vence. Sin duda por eso Argentina (quizás también otros sitios) nunca anda bien en economía, porque es poco “económica”; no se esmera y gobierna mal su casa.

Pues bien, yo mismo pongo mi grano de arena en el desatino. Como profesor soy pésimo. Casi nunca faltó a clase (los malos nos enfermamos poco), explico con claridad, respondo a mis alumnos sus inquietudes, trato de aprender cada día un poco más... No obstante, me dejó llevar por la imperial virtud cuyo panegírico hice de alguna forma con esta nota. Soy bueno (quiere decir que soy muy malo) y tolerante con la natural desidia que los discípulos tienen. A pesar de ver este gran defecto, no lo puedo remediar. Me pasa lo que al Ariosto. El poeta italiano sabía el daño que puede acarrear el amor; sin embargo no era inexpugnable a los dardos de Cupido. “Tal vez –decía más o menos– alguien me diga: ‘Hermano, tú vas a otros predicando y no ves que eres víctima del mismo mal.’ Cierto, pero no puedo salir del baile.”

Ben mi si potria dir: - Frate, tu vai
l'altrui mostrando, e non vedi il tuo fallo. -
Io vi rispondo che comprendo assai,
or che di mente ho lucido intervallo;
ed ho gran cura (e spero farlo ormai)
di riposarmi e d'uscir fuor di ballo:

¹ Vincencio, *Crónica de los reyes y príncipes de Polonia* 4, 5 (la trad. es mía).

² Mt 13, 12.

ma tosto far, come vorrei, nol posso;
che 'l male è penetrato infin all'osso.¹

Raúl Lavalle

¹ Ariosto, *Orlando furioso* canto 24, oct. 3.